

AMAR COMO DIOS NOS AMA

(DOMINGO XV del T.O. Ciclo C)

11 julio 2004

"Jesús dijo: -Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto... Un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él, y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó... Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta" (Lc 10,30-37)

Para responder a la pregunta sobre el mandamiento más importante, Lucas nos ofrece esta parábola del buen samaritano. En ella descubrimos las nuevas exigencias planteadas por Cristo en el terreno del amor. No es suficiente amar al prójimo como a sí mismo. Hay que amar al prójimo como Dios lo ama, como Dios nos ama. Para ello, lo primero es tomar conciencia de pertenecer a esa humanidad herida, caída al borde del camino y sin posibilidades de futuro, que recibe una salvación totalmente gratuita y generosa. Desde ahí, descubriremos la caridad como algo que va más allá de una simple obligación moral y se convierte en el reflejo del amor que se nos ha regalado. Amaremos como hemos sido amados.

Amados, ¿por quién? Por el mismo Dios en Cristo Jesús. Todo en la parábola nos habla en este sentido. El "samaritano" (el despreciado) es el hijo del dueño de la viña, que llega a nosotros después de los profetas y de los sacerdotes y de los levitas... que no nos han procurado la salvación. El "samaritano" que volverá, evoca el "retorno" del Hijo al final de los tiempos. Nos habla, así, del amor de Dios al hombre en su propio Hijo.

La nuestra es Historia de Salvación, porque ha sido visitada por Dios, de manera espléndida y definitiva, sobre todo desde la Encarnación del Hijo de Dios. En Jesús de Nazaret, hemos comprobado el amor que Dios nos tiene. Hemos percibido el latido de su corazón. Hemos experimentado el calor de su perdón. Hemos recogido el aliento de sus palabras. Hemos estrenado la alegría de la fraternidad. Hemos escuchado la invitación al seguimiento. Hemos apreciado el valor de la entrega. Hemos vislumbrado la posibilidad de futuro. Hemos aprendido a levantarnos confiadamente. Hemos saboreado la paternidad de Dios. Hemos descubierto el valor de la pobreza. Hemos confirmado la fuerza de la humildad...

Y todo esto, porque nos sabemos amados por Dios en Cristo. Ese es el mundo que se nos ha regalado. Y ese es el mundo que nosotros queremos continuar. Encerrarse en sí mismo de manera egoísta es proclamar que no se ha descubierto el Dios amor. Desvivirse por los demás de manera solidaria y radical es confesar que el amor recibido de Dios nos empuja con toda naturalidad a actuar de la misma manera.

Desde ahí, se despertará en nosotros, como consecuencia natural, la necesidad de acercarnos a los demás con el alma abierta; sobre todo, a los más necesitados. Nos veremos impulsados a sufrir con los demás, a compartir su situación, a identificarnos con su dificultad. Y esto, en un mundo como el nuestro, cuenta con multitud de ocasiones, a cuál más lacerante. Quizá porque, casi siempre y casi todos, pasamos de largo, estamos como estamos.

¿Vamos a dejar que todo siga igual?

Miguel Esparza Fernández